

# LA CHAPUZA NACIONAL

Lamentablemente, la seductora y revolucionaria propuesta del antropólogo de Vera de Bidasoa cayó en el olvido, y los profesionales del género famoso «España como problema» han preferido seguir llorando los males de la patria —los enumerados por don Lucas Mallada y algunos más— desde las prestigiosas tradiciones agoreras del «no tenemos remedio», «me duelo esto», «apaga y vámonos» y otras célebres retóricas decadentistas. Retóricas, dicho sea de paso, ciertamente cochambrosas en la metodología, incluso en el estilo, pero provistas de una lamentable *patafísica* a poco que rasquemos en la superficie de esas nuevas versiones subtituladas del popular sentimiento trágico de la vida española que diariamente y desde hace tres siglos, con ejemplar insistencia que no viene a cuento, intentan sobresaltar al personal para que la industria del pesimismo no decaiga y la disuasión civil prosiga su larga marcha triunfal. Que eso son tradiciones con solera y flojera mental.

## La cochambre del carácter nacional

Pero es lógico que así haya sido. A fin de cuentas, la interpretación sugerida por Caro Baroja, además de no desdeñar el sentido del humor, atentaba directamente contra los fundamentos sagrados de las sucesivas, innumerables, metodologías decadentistas que han tiranizado el hipermercado de las teorías dominantes de nuestra historia, desde aquellos lejanos ayes de Juan Ginés de Sepúlveda hasta el previsible derrotismo del editorial de mañana por la mañana. Hay que admitir que la brillante hipótesis de trabajo de Caro Baroja no resultó lo suficientemente desgarradora y patética para el gusto nacional. Para que aquí se ponga de moda una interpretación de la historia particular, al margen de su verosimilitud, empiria o ingenio, es normativo que no ose transgredir la vasta tradición del pesimismo patrio; religión profesada con igual fervor por afrancesados y casticistas, conservadores y progresistas, providencialistas y deterministas, gentes de orden y políticos de izquierda, ultramontanos y regeneracionistas. No creo ni mucho ni poco en los hechos diferenciales, pero como a lo largo de los siglos a los españoles razonantes les ha dado por insistir machaconamente que lo nuestro es lo trágico, la postración, el



adiós Madrid, el alma doliente y otras tontologías por el estilo, mucho me temo que el dichoso «rasgo psicológico» empiece a funcionar como si se tratara de un verdadero «hecho científico». Lo cual quiere decir que sólo si la nueva teoría histórica se emite desde la idea de una lejana decadencia uniformemente acelerada, y se emite además con gesto de honda amargura irremediable, tendrá posibilidades de triunfar.

Y como se comprenderá, la idea de cochambre es demasiado demoledora, escasamente favorable para con el intocable mito del *carácter nacional* y, por si esto fuera poco, provoca la ironía inmediata para con esas graves industrias del ser, el quién y el no sé qué de los españoles, que por estos pagos misteriosos han llegado a ser estimadas como paradigma cultural. O negocio editorial, que viene a ser lo mismo.

Se hace necesario, por consiguiente, encontrar otra idea tan gráfica, alegre, sencilla y corrosiva como la de cochambre; que sea capaz de interpretar de arriba abajo nuestra historia, pero que no levante sospechas. Y no sólo porque desde hace mucho tiempo, acaso desde el confuso asunto aquel de Madariaga acerca de la honda psicología española, no se han producido teorías nuevas, sino porque ya empieza a detectarse una especie de *revival* de aquellas metáforas literarias con pretensiones generalizadas —totalizantes— que brotaron como

champions a finales y principios de siglo, a modo de consoladores más o menos cochambrosos de la secular angustia por la decadencia. O inventamos sin perder más tiempo una filosofía barata de la historia, que compita en régimen de mercado con las tradicionales hipótesis *patafísicas* o mucho me temo que la absurda salud pesimista que en estos momentos disfrutamos haga resurgir aquella sarta de espeluznantes interpretaciones agraristas del porqué y el cómo de esto. Porque así entendí yo la divertida propuesta de Caro Baroja de elevar la cochambre a categoría histórica privilegiada: como sagaz manera de impedir en tiempos tan canovistas como los actuales la resurrección de las viejas ofertas del «¡ay, España!», llámense *misticismo* de Ganivet, *fisiografismo* de Mallada, *germanismo* o *austracismo* de Picavea, *quijotismo* de Unamuno, *genio católico* de Menéndez y Pelayo, *covadonguismo* de Sánchez Albornoz, *castellanismo vertebrador* de Ortega o *hispanidad racial* de Macztu.

Urge hacer algo para evitar que este insupportable vacío de poder —me refiero aquí al terrible poder metafórico de la historia— provoque un golpismo de hipótesis decimonónicas que nos puede dejar consternados hasta la mayoría de edad de los nacidos el año de los Mundiales. Tampoco nada heroico ni genial, algo tan simple, por ejemplo, como el ajuste de cuentas de Cambó al pesimismo intolerable de Cánovas en cierta conferencia altamente higiénica (*El pesimismo español*, Madrid, 1917), cuya lectura debería ser texto de cabecera para nuestros actuales políticos y periodistas hiperestésicos.

## Ni oficio de la historia ni arte de la prehistoria

La idea de chapuza, pongamos por caso. Postular como interpretación de recambio la constante histórica de la chapucería nacional. Ya estoy viendo los escaparates de la patria mía: *La chapuza, un enigma histórico*, *En torno al casticismo chapucero*, *La realidad histórica de la chapuza*, *La chapuza invertida*, *Idearium chapucero*, *Sobre el ser y el quién de los chapuceros*, *Me duele la chapuza*, *Historia mágica de la chapuza*, *Lo que queda de la chapuza*, *La chapuza necesaria*, *Estado de chapuza y chapuza de Estado*. Lo que se quiera. No hay asunto histórico o problema de actua-